

Taller de «Clavetaire» en el Museo de Ripoll.

## LA MANUFACTURA RIPOLLESA DE LOS CLAVOS

Por EUDALDO GRAELLS

Durante los siglos XVII y XVIII, que fueron los más esplendorosos de la «farga» catalana, la explotación del mineral de hierro en las dos vertientes del Pirineo oriental tuvo un desarrollo extraordinario.

Dos zonas siderúrgicas destacaron en Cataluña: la Vallferrera, en el Pallars, y la comarca del Ripollés. La producción de hierro en Vallferrera, no obstante ser muy elevada, no dio origen a ninguna industria; la del Ripollés, en cambio, muy superior a aquélla, dio lugar a la creación, en la villa de Ripoll, de las dos manufacturas metalúrgicas más importantes de Cataluña: la de las armas de fuego portátiles y la de clavos.

Vamos a referirnos a la manufactura ripollesa de clavos, poco conocida de geógrafos e historiadores, a pesar de haber sido la proveedora de este artículo durante un siglo a más de la mitad de las poblaciones de España.

Desde tiempos remotos eran los herreros los encargados de fabricar los clavos, alternando este trabajo con otros diversos del mismo arte del hierro. Cuando la producción de clavos, con el transcurso del tiempo, alcanzó cifras elevadas, tuvo lugar la especialización, que en la villa de Ripoll se consigue en la primera mitad del siglo XVII. Se encuentra aplicado por primera vez el nombre de «Clavetaire», en el año 1629, al maestro Guillermo Morera (1). Más tarde, en la segunda mitad del mismo siglo, son numerosos ya y forman gremio aparte dentro de la Cofradía de San Eloy, en cuyas Ordenanzas figura un capítulo que prohíbe terminantemente a los herreros la fabricación de clavos.

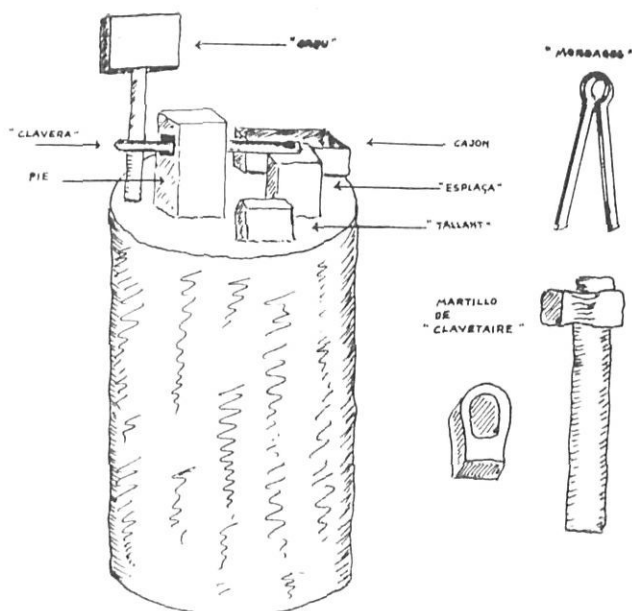
Al terminar el siglo XVII, son 18 los maestros «Clavetaires» ripolleses. Desde los primeros años del siglo XVIII su número crece rápidamente siguiendo un progresivo desarrollo, general a todo el arte del hierro. En 1731 (2) se cuentan 45, que los vemos elevados a 83 en 1761, para llegar a su cifra máxima de 105 en 1781 (3), fecha en la cual todas las manufacturas ripollesas del hierro alcanzaron su punto álgido.

Para ejercer eficazmente el oficio era necesaria una gran destreza y habilidad, pues la gran diversidad de tipos (desde tachuelas de 1 cm. hasta clavos de presa de 40 cm., existía una varie-

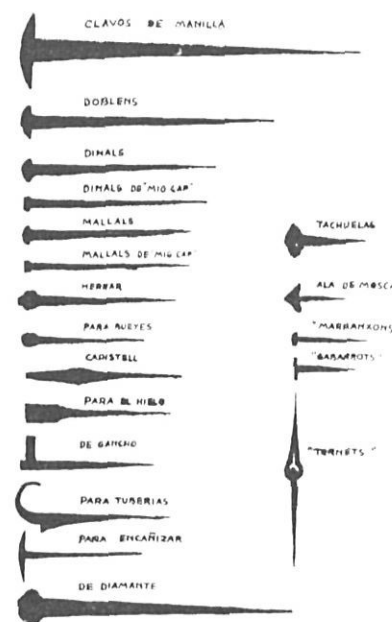
(1) Archivo de Ripoll. Sig. I.

(2) Archivo de Ripoll. Sig. I.

(3) Archivo de Ripoll. Sig. I.



Utensilios y herramientas del «Clavetaire».



Principales tipos de clavos de la manufactura de Ripoll.

dad superior al centenar) exigía fabricarlos con rapidez y precisión, ya que el millar de cada uno de ellos tenía asignada su equivalencia en un peso determinado.

El taller, sencillo y humilde, constaba de una fragua situada en el centro del local, alrededor de la cual se situaban los «socs» correspondientes a los diferentes operarios, que ordinariamente eran el maestro «clavetaire», un oficial y un aprendiz. La producción de uno de estos talleres dependía de los tipos de clavos a fabricar. Trabajando en los más corrientes, se puede considerar como normal la cifra de 50.000 al mes.

La producción de clavos en Ripoll durante todo el siglo XVIII y primer cuarto del XIX fue fabulosa. Para dar salida a ella se necesitaba un mercado consumidor vastísimo. Cataluña, Aragón, Castilla, Valencia, Murcia, Andalucía y Cuba (entonces colonia española) eran las regiones donde los ripolleses exportaban los millones de clavos que salían continuamente de sus talleres.

La documentación de que disponemos para el estudio del comercio de los clavos procede casi toda de una sola fuente: la casa Jordana, de Ripoll, fabricantes y negociantes muy importantes en el arte del hierro. Es un aspecto parca<sup>1</sup> del movimiento comercial de la manufactura de clavos, que nos sirve bien para poder formarnos, por deducción, un concepto aproximado del volumen de esta industria ripollesa. Es necesario tener en cuenta, al considerar las cifras que damos a continuación, de situarlas a su tiempo. Son del siglo XVIII. Hoy no nos impresionan porque estamos acostumbrados a producciones elevadísimas gracias a la mecanización del trabajo. En aquella época, no obstante, la fabricación de clavos era totalmente manual; los clavos debían hacerlos de uno a uno, a martillazos. Un punto de referencia, además, para establecer comparaciones: Cataluña, en 1725, tenía sólo 400.000 habitantes (1); la ciudad de Gerona, 4.473.

El mejor mercado consumidor de clavos ripolleses era la región catalana y, en ella, Barcelona era la ciudad donde más clientes tenían los «clavetaires» de Ripoll. Seguían por orden de importancia: Valencia, Murcia y Aragón.

A un tal Eudaldo Dou, de Barcelona, en el año 1794 le fueron vendidos 1.245.000 clavos de diversas clases.

Mataró, con sus astilleros y por ser un puerto donde tenían salida muchos embarques para las ciudades del litoral español, recibía cantidades ingentes.

(2) En 1751, a don Juan Mandri se le hicieron diversas remesas por un total de 2.570.000 clavos.

(1) «La població catalana al primer quart del segle XVIII», J. IGLESIES.

(2) Archivo de Ripoll. Sig. JORDANA.

Sólo de los de herradura, en el año 1753, al mismo le fueron enviados 1.330.000 unidades.

Valencia era una de las ciudades que consumía mayor cantidad. A don Gregorio Torres, en 1802, se le remitieron 2.325.000 clavos.

A la Sra. Vda. de Conejos y Mata, en 1805, 2.791.000.

A don Antonio Lita, de la ciudad de Gerona, le fueron vendidos, en 1795, 1.614.000 clavos.

La casa Jordana, al declararse la guerra entre España y Francia en 1793, por temor a los perjuicios que les pudiera ocasionar tal conflicto, decidió trasladar a Barcelona las existencias que tenía en su almacén de Ripoll. El traslado duró diez meses, desde el 24 de mayo de 1794 al 18 de mayo de 1795. Los clavos transportados sumaron la enorme cifra de:

(1) 7.288.000 de varias clases.

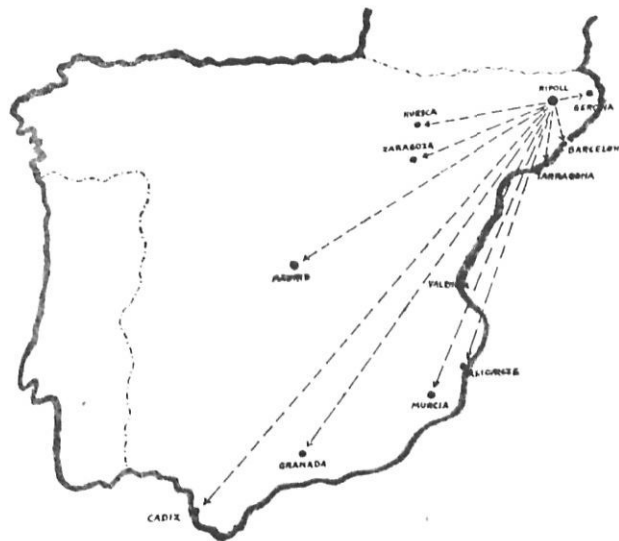
Estas existencias debían ser normales, porque son parecidas a las de los primeros años del siglo XIX. Según el inventario del año 1816, en el almacén de Ripoll tenían:

(2) 7.272.750 clavos de diversas clases, más 306 arrobas de clavos de los llamados «Dinals» de 30 - 45 - 60.

Consideramos, por no hacerlo interminable, que las cifras que anteceden, entresacados de los numerosísimos datos que poseemos, son suficientes para dar idea del volumen e importancia de la citada manufactura.

El transporte se efectuaba a lomo con mulos el destinado a las poblaciones del interior, y por mar, cargando en los puertos de Barcelona, Mataró, Canet y Tossa, el destinado a las ciudades del litoral. Un nombre elevado de arrieros cuidaba de trasladar por caminos solitarios, a grandes distancias muchas veces, la mercancía que producían los «clavetaires» de Ripoll. Las poblaciones del interior por lejanas que fuesen eran visitadas por los arrieros ripolleses. Madrid, Zaragoza y Huesca eran plazas compradoras de clavos de Ripoll y era preciso trasladarlos allí. A estas ciudades lejanas ordinariamente en cada viaje iban dos arrieros con seis o siete mulos, llevando un cargamento de dos o trescientos mil clavos. El regreso de estos viajes era aprovechado para proveer de productos especiales del país de destino. De Zaragoza, por ejemplo, retornaban con lanas; del Ampurdán, con aceite y arroz; del Panadés, con vino, etc.

Esta manufactura ripollesa tuvo una vida próspera hasta principios del siglo XIX. Se extinguió virtualmente durante la primera guerra civil, en el año 1839, con la destrucción de la villa de Ripoll al coincidir con ella diversas causas adversas graves, latentes en aquella época. La supervivencia de algunos talleres hasta principios de este siglo no fué otra cosa que una marcha lenta e inexorable hacia su total desaparición.



Los «Clavetaires» ripolleses abastecían los mercados del Centro, Sur y Este de España.

(1) Archivo de Ripoll. Sig. J.

(2) Archivo de Ripoll. Sig. J.